

Adrián J. Sáez

El insomnio de Luis Alberto de Cuenca (una nota)

Ya que el universo poético de Luis Alberto de Cuenca descubre sorpresas en cada página, en parte porque el disfrute constante tiene su dosis de reto ocasional, quisiera aprovechar esta nota para completar el esbozo —ya algo extenso— de las relaciones afectivas y la estampa de Borges en la poesía cuenquista (Sáez, «Afinidades electivas: Jorge Luis Borges y Luis Alberto de Cuenca», en *En el centro de Europa están conspirando: Homenaje a Jorge Luis Borges*, coord. J. Llamas Martínez, Torino, Università degli Studi di Torino, 2018, pp. 101-120), a modo de nota desgajada sobre el tema del insomnio.

Amén de algún que otro guiño suelto (basten «En las noches de insomnio las sombras tienen alas, / como el cuervo de Poe» en «El cuervo», vv. 36-37, en *El reino blanco*, Madrid, Visor Libros, 2010; «tu insomnio se rinde a tu murmullo», en «Lluvia en Sevilla», v. 11; «desde la desazón, desde el insomnio», en «Sueño de la serpiente», v. 3, ambos en *Bloc de otoño*, Madrid, Visor Libros, 2018, entre otros), Luis Alberto de Cuenca dedica una pareja de poemas a la cosa:

«Insomnio» (<i>El hacha y la rosa</i> , 1993)	«Variación sobre un tema de Alcmán» (<i>Bloc de otoño</i> , 2018)
<p>La vida dura demasiado poco. No da tiempo a hacer nada. No hay manera de reunir los suficientes días para enterarte de algo. Te levantas, abrazas a tu novia, desayunas, trabajas, comes, duermes, vas al cine, y ni siquiera tienes un momento para leer a Séneca y creerte que todo tiene arreglo en este mundo. La vida es un instante. No me explico por qué esta noche no se acaba nunca.</p>	<p>Duermen las cordilleras, las cumbres y los valles, y el bosque y cuantos viven en él, ya sean plantas o animales, y duermen los peces en los ríos y en los océanos, y duermen en la selva las fieras, y las aves de largas alas duermen en sus nidos, y duermen las abejas en las colmenas, y las rosas duermen en los jardines. No comprendo por qué, si toda criatura duerme en este hemisferio tan apaciblemente, tengo que ser el único que no puede dormir, ni con pastillas, hoy, mañana ni pasado por culpa del terror que atenaza mi espíritu. A este paso, me temo que solo cuando esté muerto podré dormir tranquilo y sin angustia.</p>

Con una fuerte similitud sobre todo en la dolorosa sinrazón del fenómeno («No me explico / por qué...», «No comprendo por qué...»), ambos textos expresan la traumática experiencia del insomnio: en el primero refuerza la conciencia del acelerado *tempus fugit* y en el segundo la soledad invita a pensar en la muerte como la única liberación posible. En suma, el terrible insomnio se presenta como la otra cara del recuerdo, los sueños, el *tempo* y el tiempo, para revelarse con toda su potencia en sendos poemas de madurez y senectud, de acuerdo con una suerte de evolución reflexiva y un punto desencantada. Con un pequeño juego de palabras, el insomnio es «el otro sueño», el malo que no acaba nunca y no contribuye a poner orden y sentido a la vida.

Por supuesto, las noches en blanco tienen su parte de verdad con un poco de pose (recuérdense los «párpados, jamás contaminados por el insomnio», que daban lugar a «visiones» en cadena», en el manifiesto «La generación del lenguaje», *Poesía*, 5-6, 1979-1980: 247). Sin embargo, como siempre en la poesía cuenquista, el insomnio se mueve entre la autobiografía ficticia y la intertextualidad. Con el segundo poema no hay problema alguno, porque desde el título se descubre a las claras el origen clásico en un fragmento de Alcmán:

Duermen de las montañas
las cumbres y los valles,
y alcores y barrancas,
y el bosque, y cuantos animales
la tierra oscura cría,
y las fieras del monte, y los enjambres,
y el monstruo en los fondos del mar rielante;
y duermen las muchedumbres
de aves de largas alas.

(en Juan Ferraté, *Líricos griegos arcaicos*, Barcelona, Acantilado, 2007 [1968]: 181)

Ahora bien, el motivo del insomnio remite a Borges, que igualmente dedica dos textos al asunto, con una suerte de primer boceto («Insomnio», en *Sur*, 27, 1936, y luego en *El otro, el mismo*, 1964) y «Dos formas del insomnio» (*La cifra*, 1981), del que reproduzco solo la mitad, pues la otra variante es la longevidad que ahora no interesa:

¿Qué es el insomnio?
La pregunta es retórica; sé demasiado bien la respuesta.

Es temer y contar en la alta noche las duras campanadas fatales, es ensayar con magia inútil una respiración regular, es la carga de un cuerpo que bruscamente cambia de lado, es apretar los párpados, es un estado parecido a la fiebre y que ciertamente no es la vigilia, es pronunciar fragmentos de párrafos leídos hace ya muchos años, es saberse culpable de velar cuando los otros duermen, es querer hundirse en el sueño y no poder hundirse en el sueño, es el horror de ser y de seguir siendo, es el alba dudosa.

[...]

Nada hay de intertextualidad directa, ni falta que hace; y, con todo, la recurrencia del insomnio es otro engarce más entre Luis Alberto de Cuenca y Borges, que también le había sacado mucho partido especialmente en su etapa *de senectute* (María del Mar López-Cabrales, «El sueño y el insomnio en Borges: dos caras de una misma moneda», *Revista del CESLA*, 12, 2009, pp. 63-72; Adriana Mancini, «Un Borges tardío: la literatura, la memoria y el tiempo», *Verba hispanica*, 25, 2017, pp. 231-240), que a su vez cifra una relación con dos textos de Virgilio Piñera (Fabiola Cecere, «El insomnio: Virgilio Piñera y Jorge Luis Borges en comparación», en *Jorge Luis Borges: viajes y tiempos de un escritor a través de culturas y sistemas*, ed. M. Cannavaciolo, A. Favaro y S. Regazzoni, Hildesheim-Zürich-New York, Olms, 2018, pp. 85-96). Pero esta es una historia aparte, que no tiene que quitar el sueño por el momento.

Rodrigo Olay

«Cuánta belleza nos reserva el mundo»

Carmen Jodra (1980-2019)

Carmen Jodra era, lo digo sin duda, la poeta de mi edad que más he admirado, que más admiro. Los primeros poemas suyos que leí aparecían en la antología *Veinticinco poetas españoles jóvenes*, que descubrí allá por 2005, cuando la joven poesía española era lo que más me importaba del mundo, solo por detrás del ajedrez. Recuerdo que devoré aquel libro en verano —sobre todo las páginas dedicadas a Jodra, a las que volvía y volvía—, y que lo paseaba con entusiasmo por playas y excursiones. Me encantaba un poema suyo titulado «*Ménin Aéide, Theá...*», que había aprendido aquel curso que eran las primeras palabras de la *Iliada* y que el texto jugaba a parafrasear y retorcer mezclándolas con la jerga frecuente de las bases de los concursos de cuentos, a los que por entonces yo también me aplicaba.

Compré *Las moras agraces* en la Casa del Libro de Gran Vía —creo que es el único libro que he comprado en la Casa del Libro de Gran Vía—, acompañado de Rodrigo Guijarro y de Carlos Iglesias. Hay algo casi milagroso en ese libro, como si una chica de dieciocho años hubiera sido capaz de escribirlo solo porque no supiera que era imposible que una chica de dieciocho años lo escribiera. Es original y puro como solo puede serlo quien lo ha leído todo, quien ve como lo más normal del mundo plantar la palabra *agraces* en un título —que además es autoirónico, como si ella reconociera que sus versos aún no estaban en sazón—. Pero qué poco, qué poco hace falta para ver temblar la adolescencia entera entre sus páginas, apenas velada tras un talento verbal como no lo he vuelto a ver en nadie más joven que ella. «Ya tengo dieciséis años. / Se nos escapa el tiempo entre las manos / y sigo virgen y no bebo vino / ni conozco las dos lenguas de Claudio. // Hoy cumplo dieciséis años. / Me pregunto si Dios sigue esperando».

Luis Alberto de Cuenca ha dejado por escrito que *Las moras agraces* fue para la generación de los nacidos en los ochenta lo que para la suya supuso *Arde el mar*. Algo parecido anotaba Luna Miguel en su necrológica de Jodra. Ojalá estuviesen en lo cierto, porque me temo que ambos se equivocan. No obstante, no puede ser más cierta la frase que estos días le ha dedicado Joaquín Pérez Azaústre: en la joven poesía de los últimos veinte años, nadie ha sido tan joven ni tan poeta como Carmen Jodra.